LA PRIMERA GENERACION.

I.

Estamos en el campo y son las doce de la noche.

El lector no debe amedrentarse; porque la noche es apacible. No hay negros nubarrones en el horizonte, ni el viento ruje en el fondo de las barrancas, ni el relámpago fulgura iluminando el contorno de los cipreses, ni voces misteriosas cruzan por el espacio solitario dilatándose como un gemido.

No, la noche coronada de estrellas sonríe desde la altura; es la hora del silencio solo para los hombres; porque del seno del ramaje se escapa el eco armonioso con que saluda á su querida el nocturno trovador de las selvas; el cielo es trasparente; en la llanura se mece el girasol con el oleaje de la brisa.

Allá, á lo léjos, sobre el costado del monte, se ven unas cuartas lucesillas; es el pueblo; mas acá, los peñascos y los matorrales, despues las siembras; hasta donde alcanza la vista.

Un hombre en pié, teniendo su caballo por la brida, permanece, como una estátua, en la estremidad de la vereda que conduce al pueblo. No da señales de impaciencia; pero su vista se clava con teson en una de las casas mas cercanas.

Allí brilla una luz, despues se apaga; despues el hombre da un suspiro, y pudiera oirse el rumor lejano de una voz pura que se aproxima cantando.

Al oir ese canto, donde el gorgeo que remeda los sollozos, se mezcla con dilatadas notas que se estinguen gradualmente con la dulce lentitud de una cuerda, dejando en el alma la impresion de esos dias de la juventud, que huyen para siempre, no pudiera dudarse que la voz reproducia los que la soledad, el amor y un presentimiento de su destino, sinspiraba acaso á los antiguos bardos de la América.

Pasados diez minutos la misma voz hermosa pronunció ya mascerca estas palabras:

-Don Pedro!

—Xochitl! dijo casi al imismo tiempo el hombre del caballo, tendiendo la mano á una jóven india que acababa de aparecer á su lado. . . . Xochitl, ha llegado la hora, adios!

La jóven inclinó la frente, llevó su mano al corazon y ahogóun sollozo.

—Oh! dijo el caballero, dudas de mi palabra? dudas de mi juramento?...

—Yo no vierto lágrimas por el esposo, dijo la jóven sin levantar el rostro; ¿qué valen esas ceremonias que vosotros mismos mirais con desprecio?... ¿qué lazo hay demasiado fuerte, que en un dia de cansancio no rompiérais con vuestra espada? Yo temo solo que vuestro amor...

—Xochitl! por Santiago!... por nuestro amor... por nuestro.... no me hables de ese modo, mira que me haces una ofensa.

—Perdona! pero yo no tengo la culpa; yo no tengo lo que llamais supersticiones; pero me estremezco sin querer cuando el ave de las tinieblas revolotea silbando por el techo de mi cabaña.

-Pese á tal! no quiero verte triste, venga un abrazo y echatodas esas cosas á paseo, esclamó don Pedro atrayendo á la jóven, que casi sonreia con estas últimas palabras.

—Adios! dentro de dos meses me tienes á tu lado, adios! Iba á partir el caballero, pero Xochitl lo atrajo por una punta de su capa, y él volvió sobre sus pasos. La jóven tiró mas todavía...

Sonó un beso, y poco despues Xochitl se retiraba solitaria por un sendero del monte.

TT.

Don Pedro de Montellano era español y noble; muy jóven habia conocido á una mujer querida de su padre. Sin saberlo, enamoróse de ella, con una pasion verdaderamente dramática; fué correspondido, y corrió lleno de entusiasmo á rogar al autor de sus dias que arreglase el casamiento.

Le cuenta una larga historia de miradas, de billetes y de citas; no sé qué de un viejo celoso; de misterios, de serenatas, de suspiros, primero despreciados, despues oidos con lágrimas; y concluye diciendo claro, redondo y retumbante, el nombre y la habitación de ese ángel que lo tiene loco.

Revelóse de improviso al anciano el misterio de sus celos y el engaño de que era víctima; y sin poderse contener levantó la mano y la dejó caer sobre el rostro de su hijo.

La sangre y las tinieblas envolvieron la cabeza del mancebo, tuvo un frenesí repentino; echó mano de la espada y acuchilló su padre...horrible sacrilegio!....

Don Pedro, denunciado por un lacayo, es conducido á la prission, desde cuyo fondo puede oir la bulla que meten los martilles en las tablas de un cadalso.

Esto pasaba en 1527.

El cristiano rey don Cárlos se habia propuesto hacer un escarmiento; pero una mujer aparece en las altas horas de la noche à don Pedro, y lo saca con la misma facilidad que los carceleros.

Era Blanca, la causa de sus desdichas.

Los dos se dirijen á Italia; Blanca se prostituye públicamente para sustentarlo; un dia es arrebatada por la peste que desolaba aquel reino, y don Pedro, necesitado y temiendo ser conocido por los suyos, sale y se afilía en los regimientos de Runzo.

Cae prisionero de los españoles en el asalto que da á Roma el condestable de Borbon, y no va á remar en las naves de su majestad, gracias á un alférez que le propone la libertad á trueque de engancharse en una espedicion para la América.

Don Pedro, hastiado de la vida, se distinguió en los combates, y como todos ignoraban su historia, y se hacia notar por sus modales y relativamente por sus conocimientos, no tardó en ser honrado con el nombramiento de capitan; y como todos los primeros soldados españoles, fué el dueño de cuantiosos marcos de plata, de bosques, de llanos, de ganados y de indios.

Xochitl, hija de Tizoc, habia nacido en un pueblo de la Sierra, cuando su familia fugitiva marchaba en busca de la libertad, con tantas como las turbas españolas empujaban á los desiertos, delante de sus corceles ensangrentados.

Tizce era muy rico.

Antes de entregarse á esos trabajos que debian llevarlo á una muerte trágica, habia comprado hogar, libertad y sosiego para su hija; la rodeó de amigos dispuestos á ser los guardianes invisibles de aquella niña, que era el encanto de su vida, y marchó tranquilo donde las tríbus desterradas lo esperaban como jefe para marchar á la pelea.

Xochitl vivia en un pueblo situado entre las florestas que descendian de los montes de la Sierra, probablemente en las cercanías de Cadereita.

Vivia con sus recuerdos, y lloraba á menudo en presencia de los males que afligian á sus desventurados hermanos; los protejia en silencio, y meditaba siempre en ciertas palabras misteriosas con que su padre moribundo le dió el encargo y le abrió los arcanos de una venganza.

Xochitl era de una hermosura magnifica: su boca, su nariz,

sus ojos, todo su rostro tenia esa belleza increible que vemos en los cuadros donde los artistas representan á los pastores de la Arcadia, ó á las almas cristianas arrobadas en la deleitosa contemplacion de su morada futura.

Su cabellera negra, sutil, ondulante; su mano pequeña, fresca, rosada cuajada de corales. Su pié precioso cruzado por los cordones rojos de sus zandalias; no se vé hoy sino en los templos en el pedestal de los arcángeles.

Xochitl tenia veintitres años, reunia la inteligencia al candor, y no era imposible en ella la union de un valor varonil con la ternura y la sensibilidad de una niña.

III.

· Un dia un pobre azteca iba á ser azotado.

Era un pobre labrador á quien el dueño de la tierra habia dejado su caballo mientras se internaba en el bosque con el mosquete al hombro, en persecucion de un siervo.

Sonó el tiro; el caballo azorado se escapa, dejando el bosal en la mano del indio, que corre y vuela y se fatiga vanamente por alcanzar al animal que devora el espacio.

Vuelve ya el señor casi colérico, pues el siervo lo ha burlado, se encuentra solo, dá ese grito célebre con que los españoles llamaban á sus servidores, y ni el eco le responde.

Vuelve á cebar el mosquete, y se encamina por el llano, despues de haber jurado por Santiago de Campostela, volar la tapa de los sesos á ese indio miserable que ha osado tomarse tan escandalosas libertades.

El indio se acogió bajo la sombra de un pinar impenetrable; pero pocos dias despues fué hallado, y conducido ante el señor, condenado á tres mil azotes en la picota de la Hacienda.

La madre aparece en las puertas de la casa de Xochitl; le cuenta á la jóven su desventura; y esta le envia inmediatamente á proponer que pagaría el caballo en dos veces el duplo de lo que costara.

El señor, que mas necesitaba emociones que dinero, permaneció inflexible.

Xochitl tomó su manto, se hizo acompañar de un valiente jóven Topiltzin, de que hablaremos despues; y fué dispuesta á interponer sus ruegos, sus promesas, y en todo caso un golpe de mano, porque podia intentarlo sin serias consecuencias.

El señor quedó deslumbrado ante la belleza de Xochitl, y una sensacion parecida al amor, y otra á la codicia, se agitaron en su alma como al primer rayo del sol las víboras adormecidas.

Habló con el lenguaje de un caballero, y revistió la dureza de su carácter con la sonrisa generosa de un buen amo, que solo ha tratado de intimidar con amenazas.

Xochitl pudo notar tambien un no sé qué inolvidable, en el rostro y el continente de aquel hombre.

Sus ojos azules oscuros, tevian una mirada que la dominaban y le infundian sumo pavor; y no obstante su frente blanca y depejada, volvia la confianza; y sus lábios finos sombreados por un bigote color de oro, sonreian con espresion benévola, dulce, casi amable.

Xochitl al levantar los ojos sobre los del caballero, notó como este sobre los de ella, esa mirada peculiar que brilla y despues se disimula; ese relámpago que sale y se esconde cuando se encuentran por casualidad dos séres que deben amarse.

El labrador quedó indultado.

Desde este dia la imágen de don Pedro de Montellano inquietaba en el silencio del hogar el sueño de la niña; y la niña aparecía en el de don Pedro con alas de armiño, com o dicen los poetas, y sacudiendo sobre el casco del aventurero los diamantes y los zafiros que bordaban su clámide.

Xochitl se avergonzó de su impresion, pensó en su padre,

en sus hermanos en su raza vilipendiada, y en Huemotzin tan jóven, tan bravo, que la idolatraba, y que moriria de dolor cuando muriera su esperanza.

Pero don Pedro juró por toda la corte celestial hacer cuanto le fuera posible por poseer ese corazon nuevo, y esa mano que debia ser riquísima.

Rondó á pié y á caballo la casa, cantó como un ruiseñor, dió al viento suspiros y al césped lágrimas, y hubiera dado al traste con esta vieja táctica de los estudiantes, si frescas noticias sobre las garantías que la audiencia habia vendido á la dama, no le impidieran escalar una pared ó fracturar una puerta.

No necesitó gracias á Dios tanto: Xochitl lo amó con toda su alma, y se deslizó en silencio un año bajo la planta de esos amantes, que en sus citas, ignoradas como era preciso, gozaban al pié de un álamo, ó sentados sobre una roca, de esas conversaciones que son caricias, y de esas caricias que son un idioma entero.

La jóven, con el acerado brazo del aventurero rodeado á su cintura, recorrió muchas veces los senderos solitarios del bosque, contando á su amante sus sueños y sus esperanzas.

No habian notado que un hombre se deslizaba silencioso tras de sus pasos, que un oido recogia en las sombras hasta el golpe de sus corazones, y muchas veces, si hubieran bajado á la tierra esas miradas que se estraviaban en el azul del cielo, Xochitl se hubiera desmayado, y don Pedro hubiera puesto mano á la espada, al ver á sus piés, entre un hueco oscuro del follaje dos ojos relucientes, ansiosos, amenazadores, mirándolos con la fijeza de una serpiente.

Era Huemotzin, jóven guerrero que idolatraba á Xochitl con la dulce terquedad del primer cariño.

Habian crecido juntos; juntos habian peregrinado; juntos se habian inclinado sobre la misma linfa para apagar la sed, ó cortar las flores; y juntos sobre la tumba de Tizoc habian llorado la ruina de su patria.

Xochitl lo miraba como á un hermano, por mas que compren-

diera que Huematzin la amaba; tal vez ya sentia en su seno esa lástima que es el preludio del cariño, si la figura de don Pedro apareciendo entre los dos no hubiera arrebatado á Xochitl la gratitud, la conmiseracion, el deber y hasta los recuerdos.

Huemotzin se estremeció un dia en su escondite, cuando escuchó estas palabras tan comunes en las novelas: "soy madre;" iba á llevar la mano á su puñal, pero sus dedos se crisparon, arañó convulsivamente sus cuadriles, y quedó sin sentido.

A otro dia don Pedro se alejaba con el pretesto de una comision á muchas leguas de distancia.

Xochitl, agena á la perfidia europea, se disponia á esperar al caballero, y sin importarle nada el escándalo que daba á sus compatriotas oprimidos, soñaba con las fiestas de la boda y la bendicion del cura.

Cuando los peligros del aborrecimiento, ó del ridículo, vienen á causa de amor, la mujer los afronta todos.

IV.

Pero pasó un año, y el prometido esposo no volvia.

Xochitl dió á luz un niño hermoso, un serafin que oia con la sonrisa de la inocencia los sollozos de su madre engañada.

Esta palidecia visiblemente, la ahogaban palpitaciones desconocidas, y su vigor antiguo desaparecia; dolores sordos pero continuos recorrian sus entrañas.

Una vez supo que las tierras de don Pedro habian pasado á un nuevo dueño.

Corre á verlo, se informa, y sabe que su amante ha vendido todo lo que tiene, y próximo á contraer un enlace ventajoso con una señorita española, hermana de un oidor, se dispone á regresar á la península.

93

Xochitl no responde, se pone blanca como el mármol, clava una mirada atónita en el propietario, que á su vez la mira con estrañeza.

La cosa se prolonga así un cuarto de hora, hasta que Gavia, que así se llama el nuevo vecino, cree notar que aquello se prolonga con demasía, y esclama:

-Bah! estamos divertidos. Vive Cristo! Pascual! acompaña á

esta mujer á su casa.

Un azteca, negro por el sol, se levanta del rincon de la pieza y le dice á Xochitl:

--Vámos.

-No me voy, respondió ella tan repentinamente y con tal ademan, que el amo desprevenido dió un salto, y el indio retrocedió mirándola de arriba abajo.

-Por vida del diablo! dijo Gavia reponiéndose, si no sale es-

ta loca, Pascualillo, te parto el cuero á mecatazos.

El indio se adelanta, pone una mano sobre la espalda de la mujer y la impulsa suavemente, diciéndole otra vez en su idioma: "vámos"; pero ella se vuelve hácia Pascual, lo abraza y pror-

rumpe en dolorosos gemidos.

—Qué hago yo, Dios mio! dijo despues de algunos instantes mirando como si volviera de una síncope. Sí, vamos, añadió dirigiéndose á Pascual, cuya respiracion se habia hecho rápida como en las personas ya enternecidas, tú que me compadeces, ven conmigo

Aquella misma noche se dirigió á la casa del cura, le conto sus desgracias y le pidió consuelo; pero aquel ministro del altar, que ocultaba debajo de sus hábitos el corazon de los españoles de su siglo, le dijo:

-Tú has tenido la culpa: cómo llegaste á creer que un noble señor como don Pedro de Montellano se enlazara contigo? Es cierto que dos ó tres indias se han casado con españoles, pero estos han sido villanos....

--Padre! esclamó Xochitl con las mejillas encendidas, tú eres villano, y don Pedro es villano, y tú señor y todos los tuyos son villanos ante la raza de mi padre.

Yo conozco vuestra horrible historia, y sé de donde habeis salido todos para derramar sobre nuestras cosechas vuestra hambrienta sanguinaria muchedumbre.

Son villanos, son impíos, son poseedores de lo ageno, son mendigos, y aun te figuras que honran el tálamo nupcial donde guerreros nobles, poderosos y llenos de gloria mas pura que la vuestra, hubieran tenido por dicha reclinar su sien cubierta de laureles.

Vé y denúnciame; soy noble, y he salido de esa raza que juró ódio eterno á la tuya ante las plantas abrasadas de Guautimoc.

Denúnciame si quieres, soy amiga de la muerte, y no temo en la tierra el enojo de tus sacerdotes, ni en la eternidad la ira sombría de tu Huitzilopostli.

Xochitl llegó á su casa, despertó á su niño, y le habló como si este hubiera de comprenderle.

-Lo ves? hijo mio, lo ves? no hay piedad para tu madre, no hay piedad para los vencidos; no hay sino condenacion para los débiles, vergüenza para los traidores, maldición para los cobardes....

En aquellos momentos apareció Huematzin, y antes que pronunciara una palabra eorrió Xochitl á sus brazos, y le dijo con lágrimas:

—¡Huematzin! mira el castigo del ultraje que lloraste! si me has amado alguna vez, ayúdame á vengarme, y despues yo curaré con mi sangre la herida que atravezó tu pecho.

El jóven guerrero la besó en la frente, y pocos dias despues

95

Xochitl con su hijo y Huematzin, encumbraban la Sierra guiados por el génio de la venganza.

VI.

Abreviemos.

Nuestros viajeros llegaron á México, supieron que don Pedro se hallaba en Texcoco, y llegaron á esa ciudad cuando la casa de Montellano se engalanaba en espera de los novios.

Xochitl habia recibido con la herencia de su padre una esmeralda, que debia colgarse al cuello para ser reconocida por todos los jefes misteriosos que elaboraban en silencio la grande obra.

Estaba segura de encontrarlos en todas partes, aun mezclados en la servidumbre.

La asociacion secreta que hoy conocemos por masoneria, existió aquí desde aquellos tiempos.

Pero Xochitl no quiso hacer uso de la esmeralda; suspendió su ódio por un momento, creyendo (así es el corazon) que si pudiera verla don Pedro, que si pudiera presentarle á su hijo, recobraria tal vez si no el amor, la compasion de ese hombre que no le parecia perverso.

El desayuno debia ser al pié del Tezcuzingo, junto á los baños de Nesahuatlcoyotl.

Multitud de convidados bullian bajo las enramadas de ciprés; los indios depositaban, sudando, tercios inmensos de flores al pié de los árboles, que debian revestir su tronco con las guirnaldas.

Todos esperaban.

Don Pedro no tardaba en llegar por el rumbo de Xochimilco-Daban las seis de la mañana, y el agua jugando con los matices de la aurora, mezclaba al canto de las aves y al bullicio de la fiesta, ese rumor dulcísimo que habita por las soledades. Xochitl se dirigió con su hijo al camino que debia traer Montellano, se colocó sobre una eminencia del terreno, y tendió su vista ansiosa interrogando á las nubesillas de polvo que el aire levantaba á lo lejos.

En sus ojos llorosos habia esperanza y desconsuelo, vagaba la sombra del dolor y el reflejo de una cercana alegría; y sus diminutos labios rojos estaban entreabiertos con la sonrisa amarga del náufrago que mira los horizontes.

Entre tanto, un criado antiguo de Montellano la ha reconocido, y corre á escape hácia donde este se halla.

El capitan recibe la noticia como un rayo, y esclama en un acceso de cólera:

—¡Ira de Dios!., . . . ;Por qué no la has estrangulado?. Imbécil!

Era que la novia doña Beatriz Cainos hubiera retirado la mano de la del aventurero al saber que este guardaba un hijo mal habido, y era perder mucho, porque doña Beatriz, aparte de un caudal inmenso, podia por sus influencias haber elevado á su marido al nivel de los títulos mas nobles de España.

El criado respondió una cosa siniestra.

-Todavía es tiempo, señor.

VII.

Entre tanto pasaba otra escena en la casa del oidor: la mano de la Providencia habia conducido ante el magistrado á un hombre que le dijo:

—Yo conozco á ese don Pedro de Montellano; una mujer que me engañaba á mí y á su padre, lo arrebató de la horca el mismo dia que debia ser ajusticiado por parricida; Blanca me hizo creer que era su hermano, me movió á compasion con sus lágrimas, me dejé atar y acepté la responsabilidad de la fuga.

Eran amantes; robaron el patrimonio de mi hijo, y huyeron á

Italia, dejándome en la desesperacion.

Ese don Pedro de Montellano se llama don Miguel de Hellin, ha hecho desaparecer al alferez Ocampo, que lo sacó de las galeras, y á otros muchos que lo conocieron; lleva en el pecho, en la piel, estampado con tinta azul el sello de los criminales.

El oidor, en concierto con este hombre y algunas personas de la casa, fingió que le acometia un grave accidente, y pidió los santos óleos. En consecuencia, la boda queda suspendida; corre doña Beatriz al lado de su padre, este le esplica todo, y queda concertada una nueva comedia.

Don Pedro debia ser detenido en la casa, para lo cual se pre-

paró un bonito alojamiento.

Era preciso no ofenderlo si acaso era inocente, así es que se tomaron las precauciones necesarias para espiarlo cuando se desnudara; pero don Pedro apagó la luz y se desnudó en las tinieblas.

No hubo remedio, esperaron que se durmiese, y un criado azteca, notable por su ligereza é inspirado por el ódio á todo lo español, se encargó con gusto de abrirle la camisa y ver la susodicha marca.

Todo salió bien; Montellano roncando á pierna suelta, soñando tal vez en su próxima fortuna, ni sintió la luz, ni despues los pasos del oidor, del acusador, de doña Beatriz, y varias personas que se fueron colando sucesivamente.

Allí estaba la marca medio carcomida y como plegada por varias cicatrices.

VIII.

LOS INSURGENTES.

Fué indecible la emocion de don Pedro, cuando al despertar, en vez del desayuno, encuentra sobre su mesa una llave y un papel con estas palabras:

"Señor D. Miguel de Hellin:

"Tomad esa llave é marchaos aina por la parte que está á un lado de vuestro lecho. Non conserveis memoria de mi palabra. Ruego al señor Dios os guie é non faga que esa mano que me regalabais, gire mañana sobre la punta de una escarpia.

BEATRIZ.

Cuando el veterano, colocado en la escalera con órden de aprehender á don Pedro, vió que este no salia, se decidió á penetrar en su habitacion, y se dió al diablo cuando la vió desierta.

Doña Beatriz fué reprendida severamente por su hermano, y un diluvio de alguaciles se lanzó en busca de don Pedro.

IX.

Volvamos á Xochitl.

La pobre jóven despues de haber esperado mucho tiempo, vió pasar á Montellano con la velocidad del relámpago, seguido de varios ginetes azorados.

Supo despues que la boda habia sido interrumpida por la enfermedad repentina del oidor, y creyó que Dios no la habia abandonado.

X.

99

Se puso en marcha para México, y al otro dia esperó con impaciencia las sombras.

No bien cayó la noche, se dirigió á la casa del oidor con el ánimo de ver salir á don Pedro.

Rondó por todos los costados; las horas de la noche avanzaban, las puertas todas se cerraron, y la calle quedó oscura y desierta; pero Xochitl permaneció inmóvil, con la vista fija en los cristales.

Iba ya á retirarse, cuando cree oir el rechinido de una puerta; vuelve el rostro hácia donde escucha el ruido, y parece distinguir una sombra que avanza, deteniéndose de cuando en cuando; ya percibe sus pisadas.

Xochitl se siente sobrecogida, no se atreve á respirar; la sombra sigue adelantando.

¿Seria acaso Huematzin? ¿pero no han convenido en suspender el golpe? no obstante, aquello se acerca con lentitud horrible, y la jóven grita con trémula voz:

—Huematzin!....

—Quién eres?... respondió otra voz medrosa, cuyo timbre resonó en el alma de Xochitl.

—Don Pedro!...

—Silencio, ó soy muerto!...

Era efectivamente don Pedro que habia permanecido oculto hasta esas horas en una caballeriza de la casa.

-Oh don Pedro! aquí estoy, nada temas. . . .

—Silencio, por Cristo!...huyamos, llévame á donde nadie pueda encontrarme... pronto.

—No; nada temas, ven. ; qué tienes? ; qué pasa? ya alimentaré con mi cadáver las fauces de tus perseguidores. . . . pero aguarda, tente, serénate. . . . por Dios!

-Sí....sí.... pero aprisa.... huyamos....

Los dos llegaron á una casita que Xochitl habia comprado en un arrabal que hoy forma una de nuestras calles mas hermosas.

Don Pedro conoció á su hijo sin emocion, y Xochitl veló como un ángel sobre su agitado sueño.

A otro dia, al oscurecer, los tres tomaban el rumbo del Iztalzih-рви

Poco despues un hombre con la boca ensangrentada y una ancha herida sobre la frente, llamaba á la puerta de la casa.

Era Huematzin que venia de batirse con los asesinos que dor Pedro habia mandado sobre Xochitl.

Cuando una anciana á quien este dejó encargado su hijo mientras iba en busca de don Pedro, dió á Huematzin las señas del hombre que llegó esa noche, el jóven guerrero sintió por segunda vez que los celos le enterraban en el corazon sus garras candentes.

No le costó mucho trabajo saber el rumbo que debia tomar, y se perdió en el llano jurando tomar un desquite horrible.

XI.

Despues de cinco dias de peregrinacion por senderos estraviados, llegó Xochitl á una cabaña.

El dueño abrió sus puertas á los viageros con esa generosidad proverbial de los habitantes de México.

A media noche un hombre, despues de aplicar el oido sobre las paredes de tule que guardan el sueño de los fugitivos, corta

101

con su puñal los débiles troncos, penetra cautelosamente, sale á poco rato con un niño en los brazos, y desaparece por las tenebrosas gargantas del monte....

XII

Pasaron cuatro años.

Era el 2 de Marzo de 1548.

En la parroquia de San Sebastian daban las ocho de la noche. Una mujer pobre con dos niños de la mano se dirigia presurosamente por la solitaria calle de N***; el aire, porque el aire ruje siempre tras del que lleva miedo, rujia haciendo tremolar como la flama de una vela el capote de los niños y las faldas de la señora.

Un farol de papel colocado en la esquina, delante de un cuadro de ánimas, daba sendas cabezadas contra la pared metiendo un ruido siniestro.

Cuando hubo llegado la mujer á la esquina donde el puente de San Sebastian desemboca con la plazuela del mismo nombre, se detuvo; los niños exhalaron una espiracion ruidosa, y dejaron de afianzar la copa de sus sombreros.

Despues de algunos instantes de silencio lanzaron una mirada á la plazuela.

Estaba pavorosa, y hasta el eco de la campana se habia recogido en las tinieblas.

—Vamos, dijo la mujer apretando en cada mano una canilla de los niños; agárrense el capote, no volteen . . . la Santísima Vírgen de la Soledad nos acompañe! . . . el Señor sea con nos otros. . . .!

Y los tres parten como una exhalacion atravesando el espacio que los separaba de la parroquia.

Llegaron á una puerta que se abrió á los primeros toquidos. Allí vivia el sacristan.

—Qué hacias, mujer? dijo un hombre de montera que apareció delante de ellos resguardando con una mano la candela que sostenia en la otra.

—Qué he de hacer, hijo? si no hay carne hasta el mercado de Tlaltelolco....

—Bueno, entren, date prisa, porque don Fernando ha de estar con una hambre del diablo.

Era este un soldado español, como de 45 años de edad, entrecano, bien hecho, de nariz perfecta, ojos vivos y espresion bondadosa. Hacia tres dias que habia llegado de Valladolid; servia en un cuartel de Alvarado á las órdenes del capitan Moncada.

Don Fernando era un antiguo conocido del sacristan (que no describimos porque todos ellos se asemejan) y habia venido aquella noche con el objeto de abrazarle.

XIV.

A las nueve de la noche, el sacristan, los dos niños y don Fernando, sentados á una mesa de encino, cenaban con hambre de caminantes, oyendo la conversacion de una mujer que desde el brasero donde humeaba la fritanga y soplando los carbones decia:

—Sí, señor... tan cierto como María Santísima, que yo la he oido... ay! y qué voz tan dolorosa: ...! pero, quereis decirme, añadia cesando de soplar, no le valen al alma de don Miguel Hellin tantas misas como se han dicho por su descanso...?

—Yo creo, dijo el guerrero, que el alma de los condenados no descansa nunca, pero no creo que anden por este mundo.

—No creo?... respondió el sacristan, pues á fé mia que os quisiera ver una noche junto á la horca de don Miguel Hellin.

- -Habeis estado allí?
- -Sí, muchas veces á las nueve de la mañana....
- -Vah!
- --Pero de noche, á eso de las once, yo y Ursula hemos visto desde aquella vidriera al fantasma, que va y viene como centinela y se reclina sobre el cadalso.
- -Yo no sé si será el alma del difunto, pero interrogad á todos los vecinos y, pese á mi abuela, si no os repiten todos lo mismo que os estamos diciendo.

XIII.

- —Puede ser.... replicó el guerrero haciendo un gesto de incredulidad, é imprimiendo un movimiento circular á su plato vacío.
- -Una vez, continuó despues de una corta interrupcion, veniamos de Otumba atravesando el monte yo y dos compañeros, con direccion á Ameca: la noche cerró sobre nosotros, con tal chusma de ráfagas y de sombras, que hubimos de renunciar á seguir adelante, pues no alcanzábamos á ver ni donde colocábamos las plantas.
 - -Qué hacemos? les dije.
- -No hay mas, replicó Céspedes, uno de los compañeros, sino que aquí hacemos nuestra cama.
- —Pero el agua viene, observó el otro, y si Céspedes se refresca y se esponja con el rocío, nosotros quedamos aporreados y dejamos al pueblo con las cuartanas.
- —Decid, le respondimos, dónde teneis alojamiento, que os meteis en las consideraciones de una dama?
- —Teneis poco seso, replicó en su tono festivo; venis con Pedro Medellin, vuestro amado sargento, que os ha sacado de otros

lances menos miserables que este, y aun dudais de su genio. Ea, seguidme, que esta noche vais á dormir en un palacio.

Fiados en la conocida probidad de Medellin, nos afianzamos á su brazo y nos metimos de plano entre los matorrales.

El relámpago brillaba de cuando en cuando, y gruesos goterones comenzaban á tronar sobre nuestros cascos....

Al llegar aquí el llamado don Fernando, apuró su vaso como es costumbre en todos los narradores de historias de este género.

Ursula se sentó en la esquina del asiento demasiado basto que ocupaba uno de los niños. El sacristan se caló bien la montera, cruzó los brazos y dió á su fisonomía la espresion benévola de un oyente perfecto.

- —Pues señor.... continuó Fernando: despues de muchas vueltas y revueltas pudimos divisar una pequeña luz allá en el fondo de la cañada.
- —Por San Júdas! esclamó Medellin, acaso nos han ganado la partida.
 - -Qué ocurre? preguntamos.
- -Mirad, nos dijo; aquello es el palacio, pero esa luz me indica que tenemos huéspedes.
- "Tanto mejor, dije, cenaremos con ellos." (Porque el frio, como sabeis, abre gana y yo la tenia espantosa)
- -- Veámos, murmuró Céspedes, aunque no sea mas que por curiosidad.
- —Por San Júdas! volvió á esclamar nuestro sargento, yo os daré la posada que os tengo prevenida, aunque tenga que habérmelas con Xicotencal.

Volvimos á ponernos en marcha.

Conforme av an zábamos, la luz que antes era un punto, se convertia en una faja, despues esta faja se interrumpia formando varios fragmentos alargados; hasta que pudimos distinguir claramente que eran las ventanas de un edificio.

Aquello nos pareció muy estraño, pues no teniamos noticia de que existieran casas por esos sitios deshabitados. Pero Medellin